

7 ENERO

LA PÉRGOLA
DE ROSAS

A group of men in white robes are walking away from the viewer through a glowing archway. The archway is decorated with a garland of red roses. The scene is illuminated with a warm, golden light, creating a sense of hope and journey. The men are silhouetted against the bright light at the end of the path.

“

*Con la caridad y la
mortificación, lo superaréis
todo llegaréis a las rosas
sin espinas.*



Un día del año 1847, después de haber meditado mucho sobre la manera de hacer el bien a la juventud, se me aparecieron la Reina del Cielo y me llevó a un jardín encantador. Había un rústico, pero hermosísimo y amplio soportal en forma de vestibulo. Enredaderas cargadas de hojas y de flores envolvían y adornaban las columnas trepando hacia arriba y se entrecruzaban formando un gracioso toldo. Dada este soportal a un camino hermoso sobre el cual, a todo el alcance de la mirada, se extendía una pérgola encantadora, flanqueada y cubierta de maravillosos rosales en plena floración. Todo el suelo estaba cubierto de rosas. La bienaventurada Virgen María me dijo:

- Quitate los zapatos.

Y cuando me los hube quitado, agregó:

- Echate a andar bajo la pérgola: es el camino que debes seguir.

Me gustó quitarme los zapatos: me hubiera sabido muy mal pisotear aquellas rosas tan hermosas. Empecé a andar y advertí enseguida que las rosas escondían agudísimas espinas que hacían sangrar mis pies. Así que me tuve que parar a los pocos pasos y volverme atrás.

- Aquí hacen falta los zapatos, dije a mi guía.
- Ciertamente, me respondió: hacen falta buenos zapatos.

Me calcé y me puse de nuevo en camino con cierto número de compañeros que aparecieron en aquel momento, pidiendo caminar conmigo.

Ellos me seguían bajo la pérgola, que era de una hermosura increíble. Pero, según avanzábamos, se hacía más estrecha y baja. Colgaba muchas ramas de lo alto y volvían a levantarse como festones: otras caían perpendicularmente sobre el camino.

De los troncos de los rosales salían ramas que, a intervalos, avanzaban horizontalmente de acá para allá: otras, formando un tupido seto, invadían una parte del camino; algunas serpenteaban a poca altura del suelo. Todas estaban cubiertas de rosas y yo no veía más que rosas por todas partes: rosas por encima, rosas a los lados, rosas bajo mis pies.

Yo, aunque experimentaba agudos dolores en los pies y hacía contorsiones, tocaba las rosas de una y otra parte y sentí que todavía había espinas más punzantes escondidas por debajo. Pero seguí caminando. Mis piernas se enredaban en los mismos ramos extendidos por el suelo y se llenaban de rasguños: movía un ramo transversal, que me impedía el paso o me agachaba para esquivarlo y me pinchaba, me sangraban las manos y toda mi persona.

Todas las rosas escondían una enorme cantidad de espinas. A pesar de todo, animado por la Virgen, proseguí mi camino. De vez en cuando, sin embargo, recibía pinchazos más punzantes que me producían dolorosos espasmos.

Los que me veían, y eran muchísimos, caminar bajo aquella pérgola, decían: "¡Don Bosco marcha siempre entre rosas! ¡Todo le va bien!". No veían cómo las espinas herían mi pobre cuerpo.

Muchos clérigos, sacerdotes y seglares, invitados por mí, se habían puesto a seguirme alegres, por la belleza de las flores: pero al darse cuenta de que había que caminar sobre las espinas y que éstas pinchaban por todas partes, empezaron a gritar: "¡Nos hemos equivocado!". Yo les respondí:

- El que quiera caminar deliciosamente sobre rosas, vuélvase atrás y siganme los demás.

Muchos se volvieron atrás. Después de un buen trecho de camino, me volví para echar un vistazo a mis compañeros. Qué pena tuve a ver que unos habían desaparecido y otros me volvían las espaldas y se alejaban.

Volví yo también hacia atrás para llamarlos, pero fue inútil: ni siquiera me escuchaban. Entonces me eché a llorar: "¿Es posible que tenga que andar este camino yo solo?"

Pero pronto hallé consuelo. Vi llegar hacia mí un tropel de sacerdotes, clérigos y seglares, los cuales me dijeron: "Somos tuyos, estamos dispuestos a seguirte". Poniéndome a la cabeza reemprendí el camino. Solamente algunos se descorazonaron y se detuvieron. Una gran parte de ellos llegó conmigo hasta la meta.

Después de pasar la pérgola, me encontré en un hermosísimo jardín. Mis pocos seguidores habían enflaquecido, estaban desgredados, ensangrentados. Se levantó entonces una brisa ligera y, a su soplo, todos quedaron sanos.

Corrió otro viento y, como por encanto, me encontré rodeado de un número inmenso de jóvenes y clérigos, seglares, coadjutores y también sacerdotes que se pusieron a trabajar conmigo guiando a aquellos jóvenes. Conoci a varios por la fisonomía, pero a muchos no los conocía.

Mientras tanto habiendo llegado a un lugar elevado del jardín, me encontré frente a un edificio monumental, sorprendente por la magnificencia de su arte.

Atravesé el umbral y entré en una sala espaciosísima cuya riqueza no podía igualar ningún palacio del mundo. Toda ella estaba cubierta y adornada por rosas fresquitas y sin espinas que exhalaban un suavísimo aroma. Entonces la Santísima Virgen que había sido mi guía, me preguntó:

- ¿Sabes qué significa lo que ahora ves y lo que has visto antes?
- No, le respondí: os ruego me lo expliquéis.

Entonces Ella me dijo:

- Has de saber, que el camino por ti recorrido, entre rosas y espinas, significa el trabajo que deberás realizar en favor de los jóvenes. Tendrás que andar con los zapatos de la mortificación. Las espinas del suelo significan los afectos sensibles, las simpatías o antipatías humanas, que distraen al educador de su verdadero fin, lo hieren, y lo detienen en su misión, impidiéndole caminar y tejer coronas para la vida eterna.

Las rosas son símbolo de la caridad ardiente que debe ser tu distintivo y el de todos sus colaboradores. Las otras espinas significan los obstáculos, los sufrimientos, los disgustos que os esperan. Pero no perdáis el ánimo. Con la caridad y la mortificación, lo superaréis todo llegaréis a las rosas sin espinas.

Apenas terminó de hablar la Madre de Dios, volví en mí y me encontré en mi habitación.



El año 1847 fue testigo de la primera edición de uno de los escritos más hermosos y famosos de Don Bosco: "Il giovane provveduto" (El joven instruido), un devocionario para jóvenes, que se hizo tan famoso que a la muerte del santo llegaba a su 119ª edición. Encontramos en el prólogo el motivo principal que no solo lo motivó a escribir este pequeño manuscrito, sino que lo hizo soñar a lo grande: *Mis queridos jóvenes: os amo con todo mi corazón y me basta que seáis jóvenes, para amaros con ardor y os puedo asegurar que hallaréis escritores mucho más virtuosos y doctos que yo, pero difícilmente encontraréis a alguien quien os ame en Jesucristo más que yo y que desee más vuestra felicidad.*

Este es el motivo de este sueño, que enlaza claramente con la intencionalidad de "El joven instruido", ya que ambos buscan mostrar a los jóvenes la alegría y belleza que proceden de la virtud, sin dejar de lado la realidad dolorosa de la vida.

Curiosamente, fue un año que vio nacer a quienes serán grandes salesianos en la futura historia de la Congregación Salesiana. Curiosamente, Julio Barberis y Juan Cagliero, que habían nacido ese mismo año, oirán diecisiete años más tarde, este sueño ocurrido en 1847. Ambos junto a otros muchos como Miguel Rua, que apenas había recibido la comunión aquel año, serán los protagonistas de este sueño ocurrido tantos años antes de ser contado, y que se repetirá posteriormente en 1848 y 1856.

Un sueño que nos descubre con su lectura un camino arduo en la vida del santo, pero con hermosos frutos que le hacían ver el éxito de una misión que le había sido encomendada por Dios a través de la Virgen María. Entre los frutos de ese año encontramos el establecimiento de la "Casa Aneja al Oratorio de San Francisco de Sales", donde el primer interno, llamado Alejandro Pescarmona, será la primera rosa de tantas muchas otras que florecerán en el Oratorio de Don Bosco. También la apertura de un nuevo Oratorio, el de San Luis, el 8 de diciembre, santo que daba nombre también a la Compañía que había fundado meses antes, el 11 de abril.

La narración del sueño comienza con una introducción bucólica donde la aparición de la Virgen pasa desapercibida ante la impactante y radiante contemplación de un jardín colgante lleno de flores, columnas brillantes y con el suelo cubierto de rosas. A mitad de la narración, los que admiran a Don Bosco ven cómo las rosas representan aquello que va bien en la vida y el oratorio de Don Bosco, que provoca alegría en el corazón de aquellos que comienzan a seguir al Santo. Pero pronto, al profundizar en el texto nos daremos cuenta de que las rosas llevan espinas.

En la segunda etapa del camino, probablemente la que menos gusta, nos cuenta don Bosco que al notar las espinas se puso los zapatos y continuó el camino que la Virgen le había señalado junto a algunos compañeros. Con una especie de hipérbole, Don Bosco nos presenta cómo el camino, que se presentaba de forma brillante, comienza a estrecharse y a ser dificultoso. Ante la desesperación de caminar solo, de repente aparece un gran número que se muestra disponible y llega a la meta, el paraíso. Este paraíso también lo experimentamos cada día en nuestra vida, cuando en medio de las dificultades sentimos una fuerza iluminadora que nos impulsa a seguir apostando por la belleza de la vida, en las pequeñas cosas de cada día, en los gestos más cotidianos.

Mortificación y caridad no son más que la doble cara de una misma moneda. La entrega a los jóvenes, en el carisma salesiano, especialmente a los pobres ha de hacerse con amor, Aunque conlleve sacrificio, también da felicidad plena.